

La iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de

LA VERDAD

1 Timoteo 3:15

En búsqueda de la unidad de la fe

Edición N° 48

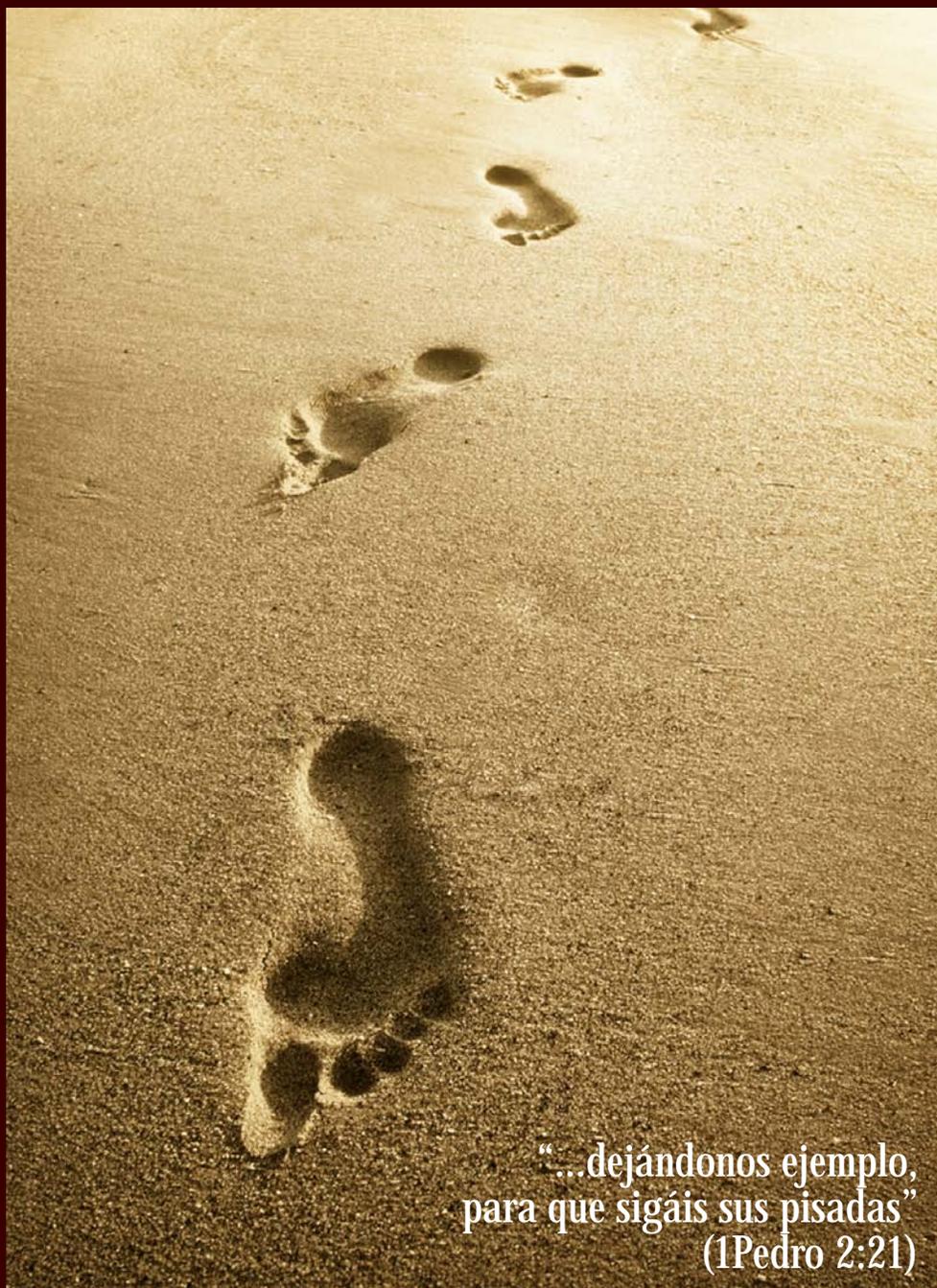
Como obtener vida eterna

La necesidad de arrepentimiento

Las cuatro razones que condenan al hombre al infierno

Aprendiendo a vivir como Cristo

El discipulado de Cristo



“...dejándonos ejemplo,
para que sigáis sus pisadas”
(1 Pedro 2:21)

www.iglesiabautista.cl
www.iglesiasbautistas.net
www.segundavenida.net
www.hallmarkbaptist.com

Editorial

La Verdad Acerca de la Salvación

Un célebre personaje viajaba con paso firme por la polvorienta ruta a Damasco. Su expresión era dura, y su actitud irradiaba determinación y propósito. Ninguno con quienes viajaba sabía, pero en su corazón había una tormenta de dudas, interrogantes, remordimiento, temores, y odio. Meditaba en la palabras de Esteban, el primer mártir "Padre, perdónalos..." ¿Perdónalos? Yo, Saulo de Tarso necesito perdón?

El lo sabía, como todos los hombres, muy en lo profundo, más allá de su orgullo. Su depresión dio lado a la contrición en la medida que evaluaba la predicación del evangelio de Esteban. Luego pudo ver al Cristo resucitado y glorificado; y Saulo, el perseguidor, llegó a ser Pablo el apóstol, el predicador del evangelio. El recibió el perdón de pecados, paso de muerte espiritual a vida espiritual. Estaba destinado al infierno y luego fue rescatado al cielo. Estaba perdido, pero luego fue gloriosamente salvado.

Más tarde pudo escribir "Además os declaro, hermanos el evangelio... que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día..." (1Co.15:1,34). Después escribe: "[el evangelio] es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree..." (Ro.1:16). El evangelio había cambiado su vida y quería que todos tuvieran lo que él había encontrado.

Dondequiera que el evangelio ha sido creído, ha habido gente salvada del pecado y del infierno por Jesucristo. Su vida perfecta, su muerte en la cruz por nuestros pecados y su resurrección de la muerte lo hizo Salvador. Ningún otro puede salvar del pecado, y sólo aquellos que lo buscan pueden encontrarlo. El dijo: "y al que mí viene, no le echo fuera" (Jn.6:37).

Todos hemos pecado; por lo tanto, todos necesitamos un Salvador. Cristo vino a rescatar a las almas perdidas: "Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores..." (1Ti.1:15). Su inmenso amor debiera mover a todos al arrepentimiento de pecados y a confiar en El como Salvador. El, por amor, ha mostrado su disposición a salvar. El, por su resurrección, ha mostrado su poder para salvar. El ha confirmado su amor y poder para que la fe de todos se cimiente en un sólido fundamento. Sólo debes en humildad arrepentirte de tus pecados, y clamar salvación por la fe en su Nombre, y serás salvo, renacido de nuevo, y preservado para vida eterna en el cielo: "Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones..." (He.3:78). "He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación" (2Co.6:2).✠

LA VERDAD

Publicada por la Misión Bautista «LA VERDAD»
Editor: Héctor Hernández Osses
Gráfica y Diagramación: Héctor Hernández Osses
Impreso por: Industrias Gráficas 3f Santiago, Chile
Lecturas de prueba:

Carmen Gloria Ardura Vallejos
Gabriel Ferrada Brellenthin
Gonzalo Figueroa Sanzana

Dirección: España 131 Dpto. 302 Temuco - Chile
Fono: 45-983084 / Cel. 86368845
E-mail: hectorhernandez@hotmail.com

Esta publicación también es distribuida en U.S.A.
para el pueblo de habla hispana.
HALLMARK BAPTIST CHURCH

P. O. Box 205, Simpsonville, S. C. 29681 - USA
Phone: 864-288-4265, hallmarkbaptistchurch@hotmail.com



Willard A. Ramsey
Baptist Pastor
Hallmark Baptist Church

COMO OBTENER VIDA ETERNA

"Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación"
(Romanos 10: 9-10)

Nuestro texto de oro expresa las dos cosas que debemos hacer para ser salvos.

Primero debemos confesar a Cristo con una fe genuina. Debemos creer en su Nombre, pero este creer debe ser más sustancial que simplemente reconocer a Jesús como Salvador, porque incluso los demonios "creen, y tiemblan" (Santiago 2:19). Esta confesión debe ser una expresión genuina de nuestra fe, el fruto de una profunda convicción personal del hecho que Jesucristo es soberano en nuestras vidas.

Jesús dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo" (Lc. 9:23). Esa es una máxima categórica a la luz de la imagen trastocada que la gente tiene de Cristo. El evangelio no es para la complacencia personal, como muchos suponen; sino que es un llamado a negarse a sí mismo. Cristo no es una especie de Santa Claus para estar siempre proveyendo lo que deseamos; sino que al contrario, debemos ir a sus pies y clamar por perdón y misericordia. Si vamos a ir a Cristo debe ser sobre la base de sus condiciones, dispuestos a hacer su voluntad, no la nuestra.

El joven rico no estaba dispuesto a hacer la voluntad de Cristo cuando el Señor le pidió que se despojara de todas sus riquezas: "Anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y ven, sígueme, tomando tu cruz" (Mt.10:17-22). Nadie es salvo por deshacerse de sus posesiones. Cristo sólo quería probar el grado de obediencia y compromiso que el joven tenía con El. Jesús pudo haberle pedido un sin fin de cosas distintas, pero Jesús escogió algo que El bien sabía probaría su disposición a negarse así mismo. El joven rico no pudo someterse al señorío de Cristo, y no confesó que Jesucristo era Señor y, lamentablemente, se fue triste y sin salvación.

Segundo, debemos creer con todo nuestro corazón que Dios resucitó a Jesucristo de los muertos. Creer en la resurrección implica creer que Cristo murió en la cruz, que es el Hijo de Dios, y que fue exaltado para reinar a la diestra de Dios en las alturas. Dios, el Padre, puso el sello de aprobación divina sobre la perfecta obra de Jesucristo. La resurrección fue la validación suprema de su ministerio y de su persona.

Si creemos en Cristo y su obra en la cruz del Calvario con todo nuestro corazón, somos justificados ante Dios y si confesamos con nuestra boca, se confirma esa realidad.✠

Arrepentíos o pereceréis

13 En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos.

2 Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que los otros?

Ellos respondieron: No, Señor. ¿O acaso los que se arrepentían, todos perecerán igualmente?

4 O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató: ¿eran más culpables que los otros que viven en Jerusalén?

5 Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.

Parábola de la higuera

Lucas 13:1-5

En la fuerza de las palabras de Jesús podemos ver la verdadera dimensión del problema moral y legal que afecta al hombre, y que el llamado evangélico contemporáneo de "aceptar a Jesús" no soluciona.

HECTOR HERNANDEZ OSSES

Este es uno de los llamados más explícitos al arrepentimiento que Jesucristo haya hecho a los hombres durante su ministerio terrenal. Un lenguaje directo, frontal, sin rebaja de estándares para mostrar la urgente necesidad de arrepentimiento, sin el cual, es imposible que alcancemos misericordia para salvación. En la fuerza de sus palabras podemos ver la verdadera dimensión del problema moral y legal que afecta al hombre, y que el llamado evangélico contemporáneo de "aceptar a Jesús" no soluciona. La salvación, como lo establece el Nuevo Testamento, demanda condiciones específicas para la reconciliación entre Dios y el hombre: 1) Arrepentimiento para el perdón de pecados y 2) fe para salvación del alma (Mr.1:15; Hch.2:38; He.10:39).

MAL INTERPRETANDO LA SITUACION

El contexto de nuestro texto bíblico registra

dos tragedias recientemente acaecidas en aquella época. La primera, una crueldad de parte del gobernador Poncio Pilato al mezclar la sangre de ciertos individuos con los sacrificios que ofrecían a Dios; y el otro, un accidente de construcción que le costo la vida a dieciocho personas al desplomarse una torre sobre ellos.

La opinión pública concordaba con la idea que estas cosas les habían pasado a esta gente porque eran más pecadores que otros, pero nada podía estar más lejos de la verdad que esta idea. El Señor interviene dilucidando completamente la errada noción popular de estos sucesos. Sus palabras son precisas para establecer que todos pecamos, estamos destituidos de la gloria de Dios (Ro.3:23), y que necesitamos arrepentimiento. Las razones de por qué estas personas murieron así es un misterio que sólo se revelara en el juicio final, y a nosotros no nos compete emitir juicios arbitrarios en presencia

Continúa en pág.11

LAS CUATRO RAZONES QUE CONDENAN AL HOMBRE AL INFIERNO

Juan 8:21-30



"21Otra vez les dijo Jesús: Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir. 22Decían entonces los judíos: ¿Acaso se matará a sí mismo, que dice: A donde yo voy, vosotros no podéis venir? 23Y les dijo: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. 24Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis. 25Entonces le dijeron: ¿Tú quién eres? Entonces Jesús les dijo: Lo que desde el principio os he dicho. 26Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo. 27Pero no entendieron que les hablaba del Padre. 28Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo. 29Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada. 30Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él".

Juan 8:21-30

Héctor Hernández Osses

Este pasaje bíblico ilustra las cuatro razones que condenan al hombre al infierno, y lo paradójico del caso es que todo el discurso dado por Cristo no fue predicado en un antro del vicio e inmoralidad, sino que fue un sermón dirigido a la *élite* espiritual de Israel que se reunía en el templo de Dios (Jn.8:20).

PRIMERA RAZON: CREERSE JUSTO DELANTE DE DIOS

"¿Acaso se matará a sí mismo, que dice: A donde yo voy, vosotros no podéis venir? (v.22).

Estos líderes judíos se creían más justos que Cristo, porque cuando el Señor les menciona la muerte comienzan a burlarse de El. El suicidio era una de los pecados más graves en el judaísmo, así que el sarcasmo se puede parafrasear de esta manera: Nosotros no te podremos acompañar al lugar donde tú vas si cometes suicidio, pues nosotros vamos al seno de Abraham, nuestro padre. Ellos creían que por ser hijos de Abraham, el padre de la fe, quedaban eximidos de la necesidad de arrepentimiento y exonerados de toda culpa (Jn.8:39). Ellos habían construido un sistema de salvación por obras y creían satisfacer el estándar de Dios por la obediencia a su tradición (Mr.7:13).

El Señor, en otro lugar de las Escrituras, les ilustra vívidamente el error de creerse justos delante de Dios, al relatarles la parábola del fariseo y el publicano, donde condena la justicia de la que hace alarde el fariseo, y justifica al publicano por reconocer su culpa y su necesidad de perdón (Lc.18:9-14).

SEGUNDA RAZON: AMAR LAS COSAS DEL MUNDO

“Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo” (8:23).

Cristo los condena no por habitar en el mundo, sino por dejarse influenciar por él y por Satanás, quien lo controla (Jn.8:44). El mundo [*kosmos*], en su actual configuración, es un sistema controlado por el diablo (1Jn.5:19; Mt.13:22; Lc.16:8). Un *kosmos* dominado por el materialismo, humanismo y la avaricia que resiste a Dios y su verdad en todos sus frentes. Por eso Juan nos exhorta a no amar al mundo: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1Jn.2:15).

Si el amor del Padre no está en nosotros, jamás identificaremos la persona de Jesucristo por lo que El verdaderamente es, el hijo de Dios. Por eso los judíos estaban sordos a su llamado y ciegos a las evidencias (Jn.3:19,20).

Santiago nos hace la misma recomendación: “¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios” (Stgo.4:4).

TERCERA RAZON: INCREDULIDAD HACIA CRISTO

“Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (8:24).

Este es el factor determinante que define el destino eterno del hombre. Dios, por la sola fe en Cristo, nos libra de la ira venidera: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Jn.3:36).

El Señor es enfático al establecer que sólo en El hay esperanza de vida eterna, no hay nada ni nadie aparte de El que pueda salvar de la condenación del infierno: “...nadie viene al padre sino por mí” (Jn.14:6b). “En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvo” (Hch.4:12). “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1Ti.2:5).

CUARTA RAZON: RECHAZO DE EVIDENCIA INEQUIVOCA E INCUESTIONABLE

“Entonces le dijeron: ¿Tú quién eres? Entonces Jesús les dijo: Lo que desde el principio os he dicho” (8:25).

¿Tú quién eres? ¡Insólita pregunta! Por más de tres años había estado en su medio haciendo sanidades, señales y milagros jamás hechos por hombre alguno y hablando Palabras jamás oídas por nadie, y ahí estaban ellos, preguntándole: ¿Tú quién eres? Dos capítulos antes Jesús había alimentado a más de cinco mil personas, había transformado el agua en vino y ellos habían escuchado una voz del cielo que decía: “...Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mt.3:17), pero aún no podían creer que Jesús era el Cristo. Bien decían algunos: “El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace?” (Jn.7:31). Hasta un ciego de nacimiento pudo identificar al Señor, y ellos no podían hacerlo: “Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ése, no sabemos de dónde sea. Respondió el hombre, y les dijo: Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde sea, y a mí me abrió los ojos. Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye. Desde el principio no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a uno que nació ciego. Si éste no viniera de Dios, nada podría hacer” (Jn.9:29-33).

El testimonio de este ciego deja al descubierto la incredulidad maligna de estos líderes y deja a todos los que no pueden [o no quieren] identificar a Cristo como el Hijo de Dios sin excusa y expuestos a experimentar la ira de Dios. El razonamiento del ciego fue este: Sólo Dios puede dar vista a un ciego de nacimiento, Jesús me abrió los ojos, entonces Jesús debe venir de Dios. Al ciego le costó muy poco tiempo percatarse de quién era Jesús, pero cuando la incredulidad maligna investiga un milagro, nunca reconoce los hechos, rechaza la evidencia objetiva tal como ocurre con en el caso de la sanidad del ciego.

¿Tú quién eres? Ellos jamás iban a poder identificar a Cristo como el Mesías, porque les estaba velado por su propia dureza de corazón, ellos resistieron la evidencia hasta el final, y por eso se perdieron:

“Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados. Entonces algunos de los fariseos que estaban con él, al oír esto, le dijeron: ¿Acaso nosotros somos también ciegos? Jesús les respondió: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece” (Jn.9:39-41).

No hay nada más triste que cuando el Señor desahucia espiritualmente a alguien por causa de su propia terquedad. Si el “pecado permanece” el juicio es inevitable: “Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (v.24).

Cosa fácil es irse al infierno: 1) Confía en tu propia justicia, 2) ama al mundo, 3) no creas en Cristo, como el Hijo de Dios, 4) rechaza evidencia irrefutable, pero también cosa fácil es irse al cielo: “Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él” (Jn.8:30).✠

EL DISCIPULADO DE Cristo

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará” (Mt:8:34,35).

Héctor Hernández Osses

En estas palabras Cristo NO nos está diciendo como llegar a ser cristianos, ni que negarse a sí mismo, llevar su cruz y seguirle sea una condición para salvación, sino que el Señor está estableciendo los requisitos necesarios para el discipulado cristiano. Para la salvación del alma, Cristo simplemente demanda que nos arrepintamos de nuestros pecados y creamos en El.

Nadie se hace soldado por usar ropa militar, por portar un arma, o por desfilar en la plaza pública; uno se hace soldado cuando se incorpora al ejército y comienza a ser disciplinado por sus superiores y entrenado en las arduas tareas militares; lo mismo ocurre con el discipulado cristiano. Uno no se hace discípulo del Señor, porque simpatiza con la causa cristiana o porque da limosna, sino que uno se hace discípulo cuando empieza a vivir en obediencia a los mandamientos de Aquel que lo tomó por soldado.

Uno de las más grandes confusiones en las iglesias es porque la gente confunde la santificación con la justificación. Se le pide a la gente que se comporte como cristiano, cuando en realidad nunca han sido convertidos. ¿Qué esposa le plancha una camisa sucia al marido? La ropa debe primero estar limpia antes de ser planchada. De la misma forma, nuestros pecados primero deben ser limpiados antes de militar en el ejército de Jesucristo. Necesitamos un nuevo nacimiento antes de ser un soldado de la cruz. Necesitamos ser una nueva criatura para poder hacer florecer un nuevo carácter, y para conseguir esta militancia evangélica, primero necesitamos arrepentirnos de nuestros pecados.

El Señor, en este pasaje, establece tres condiciones para ser un discípulo suyo; tres



marcas distintivas para ser un soldado de Cristo, y estas son: 1) Negarse a sí mismo, 2) cargar su cruz, y 3) seguirlo.

EL VERDADERO CRISTIANO SE NIEGA A SÍ MISMO

Este llamado no es una opción, sino un expreso mandamiento. No se tiene elección en este asunto. Si se confiesa haber recibido a Cristo como Señor y Salvador, entonces uno debe negarse a sí mismo. El llamado es a someterse a su señorío y declararle la guerra al antiguo ego. ¡Negarse a sí mismo! ¿Qué significa? Antes de entenderlo debemos primero ver que es lo que NO significa. No significa que debemos negar nuestra identidad y existencia individual. Tampoco significa una invitación a ser marionetas o robots dejando de lado nuestra libertad y voluntad. El Señor también añade: “...Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará” (v.35). Entonces ¿qué significa perder su vida o negarse a sí mismo? Básicamente es una rendición y entrega del “yo” con todos sus deseos y anhelos para ponerlos a los pies de Cristo y orientar la mente y objetivos a su pura complacencia y voluntad. Negarse a sí mismo es ineluctablemente una elección entre negar a Jesucristo como tu absoluto Dios o negarse a sí mismo.

La primera negación que experimentamos es al momento de la conversión. El individuo se convierte en cristiano al reconocer a Cristo como Señor, Salvador, y Maestro. El creyente debe abandonar su confianza y esperanza en sus propios dones, logros, y recursos. Uno debe ahora confiar que Cristo proveerá en el peregrinar cristiano para toda circunstancia de la vida. La persona debe caminar todos los días de su vida con la siguiente máxima en mente: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Juan 3:30).

EL VERDADERO CRISTIANO TOMA SU CRUZ

¿Qué es lo que el Señor quiere decir aquí? La cruz era un símbolo oprobio en el primer siglo, especialmente para un judío. Simbolizaba la opresión Romana, la maldición, la crueldad, la deshumanización y la vergüenza. Esta era parte del aparato represivo usado por Roma para subyugar a los pueblos. Sesenta años antes que Cristo pronunciara estas palabras, un general Romano, Marco Licinio Craso, había derrotado a un esclavo rebelde llamado Espartaco y lo había crucificado junto a seis mil seguidores en la Via Apia entre Roma y Capua. Luego Nerón crucificó y quemó a cristianos acusados de incendiar Roma.

Preciso es mencionar que esto no es la cruz de la redención, hay una sola cruz redentora, una sola obra de redención consumada, y es la de Cristo. Lo único que los redimidos contribuyeron a esa cruz fueron sus pecados. Nuestras cruces no son cruces redentoras. Nuestras cruces no son los “agujones en la carne” que menciona Pablo (1Co.12:7); es decir, nuestras dificultades cotidianas, como las enfermedades, problemas, debilidades y tragedias que vienen a nuestras vidas en esta creación que gime y esta con dolores de parto. Estos son sufrimientos del tiempo presente y además no somos diferentes de nuestros vecinos en este aspecto. Nuestros trabajos mal remunerados o el patrón déspota no es nuestra cruz. No debemos dignificar nuestros problemas con el título de “la cruz de Cristo”.

Cristo recibió el Gólgota por lo que dijo e hizo, del mismo modo, nosotros cargamos su cruz si hacemos lo que el hizo y decimos lo que el dijo. La cruz es específicamente lo que nos pasa por seguir a Cristo, y está en directa proporción con nuestra dedicación y fidelidad a El.

En Marcos 8:34-35, el Señor está hablando de la completa lealtad que los discípulos debían tener hacia El. Ellos debían seguirlo hasta la muerte de cruz si era necesario. Llevar la cruz significaba ser condenado por el resto de la sociedad,

ser despojado de sus derechos, y conducidos al lugar de ejecución. En otras palabras, el Señor nos está diciendo: “Vengan en pos de mí y asuman que van a morir”. Este es el distintivo cristiano, por esto Pablo nos dice: “Por causa de ti somos muertos todo el tiempo” (Ro.8:36), pero junto a este estigma también está la gloriosa promesa de la vida eterna: “...y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará” (Mr. 8:35), que hace que nuestro sacrificio por Cristo comparativamente palidezca ante tan grande oferta de salvación: “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Ro.8:18).

EL VERDADERO CRISTIANO LO SIGUE

Este es el tercer constituyente del discípulo de Cristo. Por supuesto, que este llamado no se refería a simplemente caminar tras El en sus largos viajes en Israel. Seguir a Cristo es reconocer el señorío y la soberanía de Cristo; El es nuestro Rey, nuestro Dios, nuestro Salvador. Somos llamados a un ferviente y devoto servicio.

Ahora bien, este discipulado obviamente trae consigo sufrimientos por su causa. Así como El fue “un varón de dolores, experimentado en quebranto” (Is.53:3). Así nosotros también debemos soportar gozosos las pruebas que llegan en la vida, porque no sólo nos es concedido que creamos en El, sino que también padezcamos por El (Fil.1:29). Las tribulaciones por causa del evangelio son una constante en la vida del cristiano y no debemos pensar que estas pruebas son alguna cosa extraña en nuestras vidas, porque sabemos que para esto estamos puestos (1P.4:12; 1Ts.3:3).

El peso de gloria del llamado cristiano, es sólo sopesable o dimensionable por Aquel que llama, pues Cristo sabe todas las cosas: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca”. ¡Cuán glorioso es el llamado cristiano y bien vale la pena perderlo todo por poder conocer mejor a Cristo!

“Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (Filipenses 3:8-10).✠



Héctor Hernández O.
Pastor Bautista
Temuco - Chile



APRENDIENDO A VIVIR COMO CRISTO

Difícil es seguir los pasos de Cristo sin conocer los principios directrices que lo guiaban. El apóstol Pablo se refiere a ellos cuando escribió: “Haya, pues, en vosotros este sentir [esta mentalidad] que hubo también en Cristo Jesús” (Fil.2:5).

La palabra griega *froneite*, “esta mentalidad”; viene de *fronema* y que significa marco de pensamiento, voluntad, o mente. El trasfondo de la palabra también tiene el significado de diafragma, el área cerca del corazón. Este significado sugiere el área del cuerpo humano donde se asientan los sentimientos más íntimos y recónditos, donde residen las convicciones más profundas del corazón. La expresión *fronema* también tiene la connotación de actitud; la actitud de Cristo era el fruto de sus más profundas convicciones, de su obsesión por cumplir la voluntad del Padre. Debido a este *fronema* “se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte...” (ver.8). Sus palabras, sus hechos, y toda su personalidad nacían de este principio directriz de vida, de este *fronema*.

El andar de Jesús establece un patrón que parecería confuso al observador casual, pero si observamos cuidadosamente el comportamiento de

Cristo, comprenderíamos que si no captamos lo que movía el corazón de Cristo, nos sería imposible dar cumplimiento a los mandamientos de Dios “como yo os he hecho” (Jn.13:15).

Consideremos por ejemplo, su actuar en diferentes ocasiones, cuando interactuaba con otros:

Primera ocasión: Cristo restaura la oreja de Malco (Lc.22:15; Jn.18:10).

Segunda ocasión: Cristo increpa a los escribas y fariseos llamándolos serpientes y generación de víboras por la hostilidad en su contra (Mt.23).

Tercera ocasión: Cristo perdona a la mujer acongojada sorprendida en adulterio (Jn.8:2-11).

Cuarta ocasión: Cristo expulsa a los mercaderes del templo en un acto de celo y enojo (Mt.21:12).

Quinta ocasión: Cristo es confrontado y responde con un gran discurso (Mt.21:23-24).

Sexta ocasión: Cristo es nuevamente confrontado, pero esta vez no responde ni una sola palabra (Mt.27:14).

Seguir a Cristo no significa seguir un patrón legalista de conducta. Cuando Cristo dijo a sus discípulos, después de lavar sus pies: “Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis” (Jn.13:15). El identificó una acción



William C. Hawkins
Pastor Bautista
Hallmark Baptist Church

específica para una situación específica que nacía de su patrón de vida, de su *fronema*. Uno no sigue el ejemplo de Cristo con lavarle los pies a otros, porque uno debe comprender que esa acción encajaba sólo en ese contexto y era el resultado de un patrón de vida consistente. Sólo cuando identifiquemos el motivo que lo impulsaba a hacer estas cosas, comprenderemos su carácter y sus actitudes en cualquier situación.

El fue amable y tierno con la mujer acongojada sorprendida en adulterio y con Malco, cuando Pedro le cortó la oreja, pero en cambio fue agresivo con los mercaderes que profanaban el templo y con los fariseos que no obedecían la verdad. Difícil sería reaccionar de la misma manera, si no operamos con el mismo marco de pensamiento de Cristo.

Tratar de imitar las reacciones del Señor, sin imitar el marco de pensamiento que lo movía a actuar así, invita al desastre. En la actualidad, es común ver a algunos pretendiendo ser, eterna y universalmente, tiernos y dulces que hasta se unen al diablo y sus ángeles; y otros, que son tan legalistas que siempre están en guerra con casi todo el mundo. Ambos reclaman imitar a Cristo y ambos yerran casi la mitad del tiempo.

Debemos cuidadosamente mirar las acciones, las palabras, y hasta incluso debemos prestar atención al silencio de Cristo. Debemos buscar en la persona de Cristo la clave para comprender lo perfecto de su carácter e identificar qué es lo que produce esta vida ejemplar.

LA INTENCION DEL CORAZON DE CRISTO

Nuestro Señor Jesucristo tenía el más puro y claro de los motivos para asegurarse que pudiéramos identificarlo. Constantemente se le escuchaba decir: “¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Lc.2:49). “Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia” (Mr.3:15). “...pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mt.26:39). “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Jn.4:34). “...no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre” (Jn.5:30). El autor de Hebreos reflexiona acerca de la vida de Cristo, diciendo: “El cual es fiel al que le constituyó” (He.3:2).

Cristo creía que lo más importante en la vida era hacer lo que el Padre le mandaba (Juan 14:31). El sabía que su Padre estaba llevando a cabo un maravilloso plan en su reino. Jesús hizo de este plan su objetivo primario, y no se detuvo hasta darle cumplimiento. El determinó morir en sacrificio, porque El sabía y se gozaba en lo que la cruz produciría

(Jn.3:16). El resolvió que su vida se orientaría en función de ese propósito.

Dios daba, El siempre da, y sigue dando. El dio salvación, da dones, da consuelo, gozo, paz; y finalmente da la victoria sobre la muerte. Cristo vino a dar, y su vida comunicó esta actitud y su muerte voluntaria dio cumplimiento a ese objetivo.

En consecuencia, cuando el plan de Dios fue malévolamente perturbado por los fariseos o vergonzosamente ignorado por los mercaderes del templo, su celo se dejó sentir por lo importante de la naturaleza de su obra. El centro de su amor estaba siendo atacado. No obstante, el propósito de Dios era proveer gracia y misericordia al perdido, al de corazón humilde y al quebrantado, Cristo era el epitome de la gracia y la misericordia, cuando entraba en contacto con ellos.

Estas acciones surgían espontáneamente de su principio motriz de vida. El quería agradar al Padre. Y para que nosotros nos orientemos a servir a otros, como Cristo lo hizo, también debemos abrazar el deseo de querer complacer al Padre. El Padre da y se complace en dar. Cristo dio, y se complació en dar, tanto que se dio a sí mismo. Si queremos complacer a Dios, entonces debemos dar y debemos complacernos en ello: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef.5:1,2).

Cuando la gente a quienes ministramos reciben las cosas que Dios nos ha mandado darles, nos gozamos, pero sólo podremos disfrutarlo si tenemos la motivación del corazón de Cristo. ¡Ven! Las cosas en las cuales nos gozamos nos dicen lo que verdaderamente amamos.

¿CUAL DEBERIA SER LA INTENCION DEL CORAZON EN LAS COSAS QUE SE RELACIONAN A LA VIDA?

Las Escrituras nos enseñan lo siguiente: “Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él” (Pr.23:7). Este pasaje habla de las intenciones, de los motivos del corazón del hombre, y su conducta surge de estos principios que atesora. La forma en que pensamos determina la forma en que actuamos, y finalmente moldea nuestra personalidad. Nuestra personalidad se puede evaluar por los principios que guían nuestra vida. Por ejemplo: Si alguien cree que la condición física es la clave para la felicidad y el éxito, fervorosamente se organizará para ejercitarse, comer bien, informarse, estudiar, y monitorear su cuerpo cuando se ejercita. Este tema estará en el tapete

de sus conversaciones, e influenciará a aquellos con quienes comparte al ver la pasión que desborda en su comportamiento.

Otros no se preocupan mucho de su condición física, y creen que la limpieza y el aseo es lo más importante. Otros podrían estar controlados por el principio de vida que la clave de la felicidad es la popularidad. Otros se miden a sí mismos por su estado financiero, y su gozo está en que cada año mejora su posición económica. Todos tienen su *fronema*.

La gente que no tiene *fronema* opera bajo el principio de vida que no vale la pena emocionarse por algo; y así como el hombre que controla su *fronema* deportista y se goza en una baja de peso, el defensor de los estoicos “no esfuerzo” se gozará del hecho que no tiene contentamiento con nada. Incluso en este último caso se puede apreciar que el marco de pensamiento hacia la vida define que es lo que le da gozo.

Puesto que nuestro *fronema* básico nace del principio de lo que más amamos, esto define lo que somos y cómo actuamos. Puesto que la personalidad del hombre surge de su *fronema* de vida, el hombre que sigue a Cristo, también debe poseer el *fronema* de Cristo: Haya, pues, en vosotros este sentir [esta mentalidad].

LA CLAVE PARA TENER UN CARACTER COMO EL DE CRISTO

Esta verdad básica es esencial para nuestro entendimiento de la conducta humana y para cualquier esfuerzo de intentar modificar la personalidad. La intención del corazón en las cosas de la vida es el caballo que tira la carreta [personalidad]. No se puede tirar la carreta sin la ayuda del caballo. No es maravilla que haya tantos cristianos tratando de ser más amistosos, más generosos, más humildes, más amables, más osados en la verdad, y que constantemente retroceden. El “caballo” del *fronema* de vida ha llevado el carro de la “personalidad” por la misma senda tanto tiempo que las huellas son profundas. Muchos han desarrollado un patrón de vida muy parecido a las rutas del lechero que aprendían los caballos en tiempos antiguos.

La mayoría de los libros, charlas, y conferencias nos dicen lo que está mal con nuestra personalidad (y concordamos), y también nos dicen cómo nuestra personalidad podría cambiar (y también concordamos), pero cuando las conferencias y las charlas terminan, y cuando cerramos los libros; aún tenemos los mismos patrones de conducta y básicamente la misma personalidad.

Estos líderes nos instan a imitar la bondad de Cristo, su generosidad, su osadía

para testificar, y su infalible forma de amar y comunicar amor, pero una mera imitación superficial no funciona. La cosa es que debemos hacer la motivación de Cristo algo nuestro. Hemos puesto primero la carreta antes que el caballo y los resultados son frustrantes en el mejor de los casos. Cristo hablaba de su principio de vida cuando dijo: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí” (Mt. 11:29). Si no nos ponemos su yugo, el carro de nuestra personalidad no va a seguir la senda o patrón de su personalidad.

Es maravilloso que este principio de vida nos ponga en armonía con el Dios Todopoderoso de las Escrituras. Si no fuera por el poder, la sabiduría, y la gracia de Dios, nos perderíamos para siempre. Si no fuera por su providencia cesaríamos de existir, y si no fuera por su amor no tendríamos nada de lo que ahora tenemos. El deseo de servir y complacer a tal Ser debería llenar nuestros corazones de agradecimiento y genuina humildad. Sólo desde esta perspectiva podríamos ser mansos y humildes como fue Jesucristo.

Una persona sabia debería abrazar el *fronema* de Cristo y sólo así podría estar conciente de si sus acciones y personalidad son consistentes con el plan de Dios. El maratonista profesional se sentiría inquieto si seis semanas antes de la carrera no estuviera haciendo 120 kilómetros por semana como mínimo. Esto es porque él tiene su mente puesta en un objetivo, y evalúa, medita, planea, y busca alcanzar el patrón que podría hacerle llegar al objetivo.

De igual manera, un cristiano que se ha comprometido a complacer a Dios y ser usado para dar cumplimiento a sus planes y no testifica de Cristo se va a sentir vacío, inútil, y fuera de lugar. El hará planes y perseguirá ese patrón de vida para hacer lo que Dios desea. No se va a sentir cómodo despreciando las cosas que dice la Palabra de Dios, concerniente a su conducta, palabras, temperamento, o sus relaciones en la iglesia. No hay aspectos en nuestras vidas que queden ajenas de la influencia del principio de vida establecido por Cristo.

La intención del corazón de Cristo debe ser también la nuestra; esto nos guiará a sociabilizar con el mundo y así poder comunicar el evangelio. Este marco de pensamiento nos hará sensibles a la forma en que nos mostremos cuando tratemos con lo demás. Esto nos estimulará a llevar el evangelio adelante.

Saldremos con un genuino interés que contrastará con aquellos que sólo salen a testificar por obligación. Cuando Cristo dijo: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió”, El estaba hablando del motivo central que lo impulsaba. El vivía para comer esa

“comida”.

Si vamos a ser seguidores de Cristo, debemos hacernos serias preguntas y no descansar hasta que tengamos buenas respuestas. ¿Nos gozamos en las cosas que deberíamos gozarnos? ¿Actuamos como representantes del Creador del universo y el único Salvador de la raza humana? ¿Son los motivos que impulsan a Cristo los nuestros?

Se nos ha ordenado que sigamos a Cristo, pero aquellos que le imitan deben asegurarse que no sólo memoricen respuesta livianas o imiten sólo un aspecto de su personalidad. En realidad, debemos escuchar a Cristo cuidadosamente y observarlo detenidamente en acción en las Escrituras para identificar su

patrón de vida. Si encontramos la base de este patrón, el motivo que gobierna su vida, y luego adoptamos su personalidad, seremos verdaderamente personas diferentes, tan diferentes que virtualmente nada quedará sin ser tocado. Hace una gran diferencia el como nos vemos, como hablamos, como nos comportemos en nuestras vidas cotidianas, como manejemos nuestras posesiones, nuestras relaciones con nuestros seres queridos, nuestros entretenimientos, nuestras finanzas, nuestras conversaciones, y nuestra vida de oración, y nuestro futuro. Y que se pueda decir de nosotros, para su gloria, que andamos “como El anduvo” (1Jn.2:6).✠

LA NECESIDAD DE ARREPENTIMIENTO / Continuación de pág. 3

de tragedias, accidentes, o calamidades. Si salimos ilesos de eventuales vicisitudes, no es porque somos mejores o menos pecadores que otros, sino porque así lo dispuso la soberana voluntad del Señor.

EL PROBLEMA LEGAL

El llamado al arrepentimiento que nos hace el Hijo de Dios se vincula al grave problema legal que enfrentan los seres humanos y que se relaciona con la ley de Dios. Dios promulgó una ley que indefectiblemente trae castigo al infractor de ella, y la Biblia es enfática al recordarnos que todos hemos transgredido la ley de Dios, en un punto o en otro: “Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos” (Stgo.2:10). El castigo por una ley desobedecida es muerte espiritual (Ro.6:23), separación de Dios por la eternidad; pero la misericordia de Dios nos rescata de esta condenación por la fe en Cristo, quien clavó en la cruz el acta de los decretos en contra nuestra: “Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz” (Col.2:13,14).

Cristo cumplió la ley por ti, por mí, por todos nosotros, y por la fe en su Nombre, Dios nos exime de toda culpa y pecado y nos libra de la ira del juicio venidero. Cristo cumplió la ley de Dios íntegramente y este hecho satisfizo judicialmente a Dios en su calidad de juez, capacitándolo para mostrar misericordia al pecador, si se arrepiente y cree en el evangelio de su amado Hijo (Ro 3:24-26; Is.53:11).

El problema legal del hombre queda resuelto por la obediencia a la ley de Dios de un sólo hombre, y por la fe en este hombre,

Jesucristo, tenemos el perdón de pecados y la vida eterna.

EL PROBLEMA MORAL

Así como pesaba sobre el hombre un problema legal, así también pesaba sobre él un problema moral de más larga data. La caída del hombre en Adán, trajo consigo un grave problema en el carácter del ser humano. El hombre había corrompido su estado de perfección original y el pecado trajo consigo un problema moral que destruyó la comunión y lo distanció de su Creador: “Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Is.59:2; Ro.5:8).

Maravillosamente, la cruz de Cristo también resuelve el problema moral del hombre. Dios, por la fe en su Hijo, constituye al creyente en una nueva criatura: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Jn.1:12,13).

A esta transformación o regeneración espiritual, el apóstol Juan la llama “nuevo nacimiento” (Jn.3:3-5); Pablo la denomina “una nueva creación” (5:17; Gá.6:15), y Pedro la llama “naturaleza divina” (2P.1:4).

El nuevo nacimiento restaura, posicionalmente, al hombre a su estado original, es más, lo eleva a una posición aún más exaltada que la que tuvo Adán antes de la caída, por cuanto exalta al autor de la redención, Cristo. En Cristo hemos nacido de nuevo y hemos sido adoptados como hijos de Dios y coherederos con Cristo (Ro.8:17). Dios nos hizo espiritualmente a imagen y semejanza de su Hijo (Ro.8:29); y nos ha dado la mente de Cristo (1Co.2:16), resolviendo de una vez y para siempre el problema moral.✠

LA PREEMINENCIA DE CRISTO



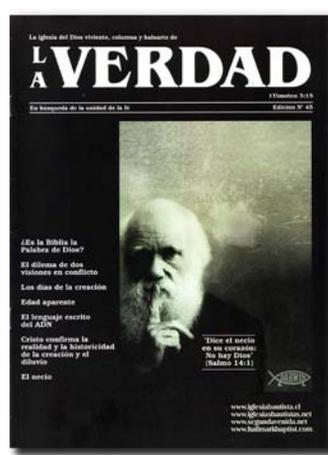
Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.

Ser Cristo-céntrico significa pensar y vivir en función de la voluntad de Cristo en todos los aspectos de la vida, como lo enseña y ejemplifica el Señor Jesucristo en los evangelios y el resto del Nuevo Testamento, de tal forma que en todo tenga el Señor la preeminencia (Col.1:18). Ser Cristo-céntrico es aunar esfuerzos para tratar de *incluir toda* la doctrina bíblica, todo lo que Cristo nos ha mandado (Mt.28:20), todo el consejo de Dios (Hechos 20:27); no intentar *excluir todo* lo que puede ser controversial, para unirnos cómodamente en lo que nosotros subjetivamente juzguemos como “esencial”.

LA CREACION DE DIOS

El concepto que tengamos de nuestros orígenes definirá nuestra visión de mundo. Si no sabemos de dónde procedemos, jamás comprenderemos la naturaleza humana, el propósito fundamental de nuestra existencia, y lo que es más crítico, lo que el futuro nos depara.

Dios, en el Génesis, establece, en el más preciso y conciso de los lenguajes que El es el creador de la materia y el autor y sustentador de la vida en todas sus formas, nos revela el origen del universo y nos explica la fascinante realidad que somos hechos a su imagen y semejanza. Somos entonces seres racionales, inteligentes, y moralmente responsables ante El, nuestro Creador.



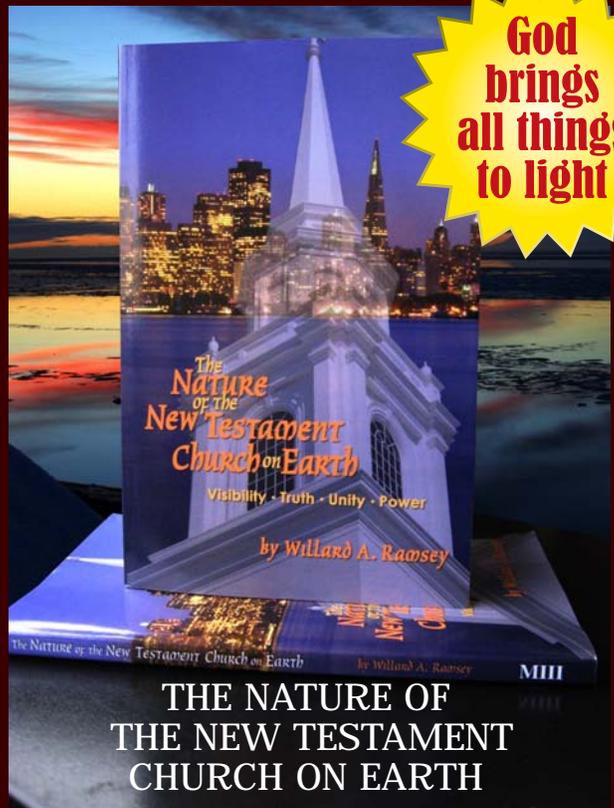
“En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1).

RETOMANDO EL CAMINO DE DIOS



“Vosotros sois la sal de la tierra” (Mateo 5:13).

Muchos se preguntan por qué el evangelismo se ha deteriorado hasta este extremo. Por qué se predica el evangelio en todas partes y por todos los medios de comunicación y es como hablarle al viento, nadie parece escuchar. La población en su mayoría está completamente indiferente al llamado del evangelio y las cosas de Dios. ¿Qué pasa? ¿Acaso el evangelio ha perdido su poder (Ro. 1:16) o los cristianos están haciendo las cosas mal? Si se analizan las causas del deterioro del evangelismo y el desorden y la división cristiana se va a llegar a la conclusión que se debe a tres razones cardinales que operan por efecto domino: 1). Una conversión deficiente, 2). Un mensaje deficiente, y 3). Una visión de iglesia deficiente.



God brings all things to light

THE NATURE OF THE NEW TESTAMENT CHURCH ON EARTH

By Willard A. Ramsey

Visibility • Truth • Unity • Power

When we consider what Jesus had in mind when He said “I will my church,” surely these four qualities are not far off the mark. What has greater visibility than a well defined city set on a hill or a candle on a candlestick? What is more central to the message of Christ than truth? What has greater power of persuasion than unity in truth?

There was nothing more urgent in the mind of Christ as He prayed on the night before He faced the cross – there is nothing more urgent still – than that His assemblies should be visible unified around the truth of His word, that “the world may believe.”

Those four principles, when biblically understood, challenge the most elementary ecclesiological errors of our day. They debunk the ancient “universal invisible” church or “mystical body” theory as well as the massive market-driven strategy of today, clearing the way for Jesus’s final challenge to the churches – unity in truth.

Some remarkable day His churches will accept the challenge, and soon “the earth shall be full of the knowledge of the Lord, as the waters cover the sea.”

¡More than a book, a masterpiece of its kind! Clever and sharply written like no other book on the theme of the church. It illuminates the mind, stirs the conscience, incites the heart of the truth seeker, and inspires the obedient heart to implement Christ’s vision of the church.

It deals with every single use of the word *ekklesia* and handles the church as a unique part of the Kingdom of God. This book distinguishes between the Church of Jesus Christ and that which some have called the universal church.

Several years ago, I read Willard Ramsey’s book, *The Nature of the New Testament Church on Earth*. It has become one of my favorites on the subject of the local, New Testament Church. Recently, we had the opportunity to meet and spend a few hours together. I found Willard to be an interesting, well informed brother in Christ. Over lunch I discovered I was talking to a real “rocket scientist” (he was an engineer with a NASA subcontractor in the early days of the space programs)...

Dr. Bill Monroe
Former President of the
Baptist Bible Fellowship International